

tica sancion al asociar al trono á su esposo y al haberle concedido el voto electoral de Bohemia. Decia, además, que, segun el pacto de familia de 1703, su esposa María Josefa estaba llamada á ocupar el trono, como hija primogénita de José I, y que la Sajonia tenia, desde época mas antigua aun, derechos sobre el Austria y la Transilvania. Estas pretensiones no fueron tomadas en serio y la misma Sajonia cambió de parecer cuando vió que los triunfos de Prusia tomaban extraordinarias proporciones. Viendo la deplorable situacion en que, al parecer, se encontraba el Austria, los Borbones españoles promovieron cuestion sobre los tratados de sucesion de los Habsburgos y las pretensiones austriacas en España, pero sus exigencias no pasaron de una notificacion. Lo que España se proponia era asegurar al infante don Felipe un patrimonio en Italia, como antes lo habia conseguido don Carlos. El rey de Cerdeña que estaba sujeto á la vez á la influencia de Inglaterra y de Francia, queria obtener á lo menos una parte de la Lombardía sin gran esfuerzo, es decir por tratados y mediaciones. Otros pequeños príncipes, como el duque de Luxemburgo, el príncipe Gonzaga y el duque de Wurtemberg, expusieron tambien sus pretensiones sobre las comarcas austriacas. El Austria se veia, pues, tratada como patrimonio sin dueño, y en las posteriores guerras se trató mas que de la cuestion de la sucesion al trono, de la existencia misma de aquel Estado, como gran potencia.

El centro de todas las intrigas europeas era Francia: la política francesa creia llegado el momento oportuno de que Francia se hiciera árbitra y señora de Europa y de conquistar algunos territorios en el Rin ó en los Países Bajos. Francia y Austria eran los dos Estados continentales mas poderosos, y la balanza de su importancia habia estado, en anteriores siglos, en el fiel; pero en la época de que tratamos la nacion francesa era la preponderante. El pueblo y el Estado eran ricos, y su poder terrestre y marítimo extraordinario. Fué una suerte para el Austria que su rival estuviese en manos de un rey débil y que los grandes generales y hombres de Estado franceses hubiesen ya muerto. La suerte de Francia dependia entonces del anciano cardenal Fleury, «viejo zorro,» como le llamaba un diplomático prusiano, que daba seguridades de paz al Austria, al paso que excitaba á la Baviera para redondear sus ambiciosos planes. Aquel ministro habia prometido ya en 1737 al príncipe de Baviera su proteccion, aconsejándole al propio tiempo que renunciara á sus ataques hasta que se hubiesen cerrado «los dos ojos.» El cardenal, al morir Carlos VI, se declaró, ante el embajador austriaco, en pro de María Teresa, pero se negó á dar su reconocimiento por escrito y excitó á los electores de Baviera á que hiciesen valer sus derechos sobre las provincias austriacas y á que solicitasen la corona imperial. Con su consentimiento, el conde de Belleisle, jefe del partido de la guerra en Francia, recorrió las cortes alemanas para formar alianzas y asegurar á Carlos Alberto los votos de los electores. Carlos Alberto estaba tan confiado en el éxito que en 1.º de marzo de 1741 escribió á su hermano: «La casa de Austria ya no existe y la de Lorena no existirá ya mas.» En 28 de mayo del propio año se firmó la alianza hispano-bávara y en 11 de julio el Consejo de Estado francés decidió atacar al Austria con un ejército y enviar otro al Mosa para impedir que las potencias marítimas acudieran al auxilio del Imperio. Segun dicen los contemporáneos y los historiadores modernos, en 18 de mayo se firmó, en Nymphenburgo, un tratado, en el cual Francia, para llevar adelante la guerra, prometió aprontar 72,000 hombres y treinta millones, reservándose, en compensacion, todas las conquistas que pudiera hacer en el Rin y en los Países Bajos. Las recientes investigaciones

niegan la existencia de este tratado (1). El firmado entre Francia y Baviera existia desde 1.º de noviembre de 1727, y en Nymphenburgo no se hizo mas que firmar la mencionada alianza hispano-bávara, en virtud de la cual España se comprometia á dar para la guerra 6,000 hombres y 80,000 florines mensuales.

Durante la primera mitad del mes de agosto de 1741, un ejército francés, compuesto de 42,000 hombres, atravesó el Rin para reunirse con las tropas bávaras que habia equipado el elector con los recursos que le habian facilitado España y Francia. Carlos Alberto, siguiendo los consejos de Belleisle, se proponia atacar primero la Bohemia, que se encontraba sin fuerzas militares; pero el rey prusiano le aconsejó que avanzara rápidamente hácia Viena. «Este, decia en una carta al elector, es el único medio de acabar la guerra con una sola batalla: una invasion en Bohemia no haria mas que prolongar la lucha y ofender al Austria en vez de darle el golpe mortal en el corazon.» El elector cedió á los consejos del prusiano y subió por el Danubio con el grueso de sus fuerzas, es decir, con 40,000 hombres. Un ejército bávaro se apoderó, en 31 de julio de 1741, de Passau, y á principios de setiembre los franceses atravesaron las fronteras austriacas.

María Teresa, en el mismo dia en que murió su padre, se habia puesto al frente del gobierno, titulándose, en fuerza de su derecho de herencia, reina de Hungría y Bohemia. Los Estados de la Baja Austria le prestaron homenaje en 22 de noviembre; y si bien la plebe de Viena promovió un alboroto, la sedicion se dirigia mas contra algunos funcionarios odiados que contra la misma reina. La impresion que su entronizamiento produjo fué tal, que el embajador veneciano, Zeno, escribia en 5 de noviembre de 1740: «Se ha conseguido felizmente inspirar á los distintos pueblos el convencimiento de la necesidad de conservar la monarquía y no permitir su desmembracion. Si la nacion persevera en ese espíritu, puede confiarse en la tranquilidad general y en sus forzosas consecuencias.» En efecto, las primeras disposiciones que tomó el gobierno dieron á comprender que poseia clara inteligencia y fuerte mano. En la primera conferencia, celebrada en 21 de octubre, muchos ministros fueron de parecer que se entablaran negociaciones con Prusia, pues la falta de dinero y de ejército y la poca confianza que inspiraba la Hungría, hacian imposible la resistencia; pero á los tres dias, en la segunda conferencia, se aprestó todo lo necesario para la lucha. María Teresa asoció á su esposo al trono y el conde Palffy, magistrado supremo de Hungría y anciano general de artillería, fué llamado á Viena, confiándosele el poder civil y militar en el reino húngaro.

María Teresa podia disponer de algunos excelentes generales educados en la escuela del príncipe Eugenio, tales como el conde Luis Andrés Khevenhüller, el príncipe Wenceslao Liechtenstein, los condes Traun, Leopoldo Daun y Ulises Browne, el último de los cuales habia ejercido el mando en Silesia durante el invierno de 1740 á 1741. El Consejo de ministros propuso en un principio á los dos generales Khevenhüller y conde de Neipperg como comandantes contra la Prusia: de ellos, el primero deseaba muchos hombres y dinero, y el segundo se contentaba con 14,000 soldados.

Habiendo hecho notar el supremo canciller de Bohemia las dificultades que ofrecia el mantenimiento de un gran ejército, fué nombrado comandante de Silesia el conde Guillermo Neipperg, experto oficial, aunque no muy á propósito para conducir con éxito operaciones ofensivas. Despues de reunir un pequeño ejército de 10,800 infantes y 8,600 jine-

(1) Los historiadores Schlosser, Ranke y Arneth afirman su existencia; Droysen, Heigel y Alfonso Huber la niegan.

tes, para lo cual se necesitó cierto tiempo, salió en 8 de marzo de Viena y, á principios de abril, llevó sus tropas desde Moravia á Silesia. En 9 de abril llegó á Brieg y al día siguiente fué completamente derrotado por los prusianos en Mollwitz (1741). La batalla fué en un principio favorable á los austriacos, pues su caballería logró arrollar el ala derecha de los prusianos; murió en este encuentro el general prusiano Schulenburg, y el rey huyó desde el campo de batalla á Ratibor; pero el mariscal de campo Schwerin puso en desorden á la infantería austriaca, y después de un combate de cinco horas quedaron los prusianos dueños del campo. María Teresa dijo después que si Neipperg en vez de 15,000 hombres hubiese podido disponer de 30,000, pronto hubiera terminado la guerra; murió en este encuentro el general prusiano Schulenburg, y el rey huyó desde el campo de batalla á Ratibor; pero el mariscal de campo Schwerin puso en desorden á la infantería austriaca, y después de un combate de cinco horas quedaron los prusianos dueños del campo. María Teresa dijo después que si Neipperg en vez de 15,000 hombres hubiese podido disponer de 30,000, pronto hubiera terminado la guerra; pero es indudable que la victoria de Prusia se debió á la habilidad y seguridad en los disparos de su infantería (1). El gobierno de Viena mudó de parecer acerca de la aptitud que para la guerra mostraba el enemigo y perdió las esperanzas que había abrigado de arrojar en breve á los prusianos de Silesia. Por de pronto, Neipperg permaneció en Neisse y Federico en Mollwitz. El campamento de este último fué en seguida el punto de reunión de los diplomáticos, pues la opinión pública había cambiado por completo y el Austria se veía abandonada de sus aliados. La mejor de cuantas noticias llegaron á sus oídos fué la de que la Puerta se contentaba con las ventajas que le concedía la paz de Belgrado y no entraba en la liga del enemigo. El tratado de 2 de marzo de 1741 fijó las nuevas fronteras divisorias de la Turquía y del Austria y el embajador turco expresó los deseos que animaban á su soberano de que la paz fuese duradera. De Rusia no había que esperar socorro militar alguno, y el gobierno inglés, que, según los tratados de 1731, estaba obligado á auxiliar al Austria, limitó su intervención á algunas tentativas de arreglo entre ambos países, que hicieron el embajador inglés Robinson, en Viena, y su colega Carlos de Hyndford en el campamento de Mollwitz. Federico II, después de la victoria conseguida, obtuvo no ya algunos territorios de la Silesia, sino toda la Baja Silesia, con Breslau, por la cual había ofrecido antes tres millones de florines á María Teresa. En tan crítica situación, algunos ministros austriacos estaban dispuestos á entrar en un arreglo con Prusia; pero Kinsky y Barstein se opusieron á toda cesión.

María Teresa comenzaba á desesperar y quería ofrecer al rey de Prusia á Güeldres y Limburgo y en todo caso también á Glogau, en Silesia; pero después varió de resolución y trató de entrar en arreglos con la Baviera y ofrecer al elector los Países Bajos y las posesiones de Italia, con tal que se aliara con Austria, y en la elección de emperador diera su voto al gran duque de Toscana; pero el bávaro exigía la Alta Austria y el título de rey, y aun esta petición no era formal, porque tenía fundadas esperanzas de ser emperador. Federico II por su parte, cuando Austria é Inglaterra se negaron á acceder á sus exigencias, había prometido á Francia su alianza (5 de junio de 1741), á cambio de la garantía de la Baja Silesia.

Poco después comenzó la expedición de los franceses y bávaros contra el Austria, bajo auspicios muy favorables. El gobierno austriaco carecía de hombres y de dinero para defender el país: los Estados, antes del ataque de Baviera, enviaron á Viena al conde Oton Hohenfeld para que pidiera á María Teresa instrucciones y mas tropas regulares, pero la reina no pudo prometerle auxilio alguno, contestándole que «se veía obligada á dejar obrar por su cuenta á cada cual.» La comisión que los Estados crearon para organizar un armamento general del país, encontró en todas partes aver-

(1) Diario militar de Austria. 1827. 450.—Onken, *Epoca de Federico el Grande*.

sion y resistencia, y cuando se presentó el enemigo, nada había preparado para oponerse á su paso. Los franceses y bávaros pudieron de esta suerte, sin encontrar obstáculo alguno, llegar por tierra y por mar hasta Linz, verificando el elector, en 15 de setiembre, su entrada en esta ciudad.

Las escasas tropas austriacas huyeron, y después de algunas ligeras escaramuzas, el ejército penetró de nuevo en la Baja Austria atravesando el Enns. El principal consejero del príncipe elector era Samuel de Schmettan; había servido antes en el ejército austriaco, alcanzando el grado de mariscal de campo, y luego se pasó á los prusianos cuyo rey le cedió al elector como negociador y consejero militar. Este Samuel excitó á Carlos Alberto á que se dirigiera á Viena, ciudad que no podría indudablemente resistir; pero el elector entró primero en Linz, en donde los Estados, á pesar de la prohibición de María Teresa, le prestaron en 20 de octubre solemne homenaje. La mayor parte de los prelados, un conde Thurheim, dos condes Sprinzenstein, los condes de Konigsfeld, Kufstein, Guillermo Starhemberg, Hohenfeld, los barones de Clam, Hohenek, Röder y Stiebar, se le presentaron también. El baron José de Wesch y tres condes de Secau se mostraron especialmente propicios á los intereses bávaros. El conde Thurheim participó al canciller de Estado, Einzen-dorf, la prestación de homenaje, manifestando el deseo de «volver muy pronto al mas benigno gobierno de la casa de Austria.» Solo Harrach, Lamberg, Polheim, Khevenhüller, Sundacker, Starhemberg y Felipe Einzen-dorf, que habitaban en Viena, faltaron á aquella ceremonia, por lo cual fueron confiscados sus bienes. Los Estados de la Baja Austria fueron también obligados á prestar homenaje; pero el conde Luis Khevenhüller manifestó que Viena y su comarca se mantenían fieles á su reina. Sin obstáculo alguno, descendieron nuevamente los franceses y bávaros por el antiguo camino del Imperio, en el cual los bávaros tantas veces habían combatido en pro del Austria y contra los turcos. En 16 de octubre llegó el elector á Melk y en 21 á San Polten, encontrándose, por lo tanto, á pocas millas de distancia de Viena. Ya algunos jinetes enemigos se presentaban en los cerros delante de la capital; y Viena, á pesar de que el conde Khevenhüller había aumentado la guarnición y lo había preparado todo para la defensa, no se encontraba en situación de resistir un sitio en regla, ni siquiera un violento ataque. El príncipe elector quería marchar sobre Viena, pero sus protectores, los franceses, le obligaron á desistir de su intento. El mariscal Belleisle se dirigió á Bohemia y los generales franceses tenían la orden de negarse á obedecer al elector en caso de que se opusiera á la ejecución de este plan. El cuerpo de ejército bávaro se dirigió pues, en 20 de octubre, á Mantern, atravesando el Danubio, y el elector tuvo que acompañar á sus tropas á Bohemia para conquistar ante todo este reino, como deseaban los franceses.

Bohemia tampoco se encontraba en estado de defensa; así es que el ejército austriaco, conducido por el gran duque de Toscana y el príncipe Lobkowitz, fué muy pronto vencido por las armas enemigas. Mientras los bávaros y franceses se dirigían al Sur y al Oeste de la comarca, llegaron á esta dos cuerpos de ejército, uno prusiano y otro sajón, procedentes respectivamente de Silesia y del Elba. Las tropas aliadas franco-bávaras atacaron, durante la noche del 5 al 6 de diciembre, la ciudad de Praga, y á la mañana siguiente, Carlos Alberto penetró en la ciudad de Venceslao y pudo oír el *Te-Deum* que entonó el arzobispo en la catedral de San Veit (2). Las tropas imperiales que en número de 300 á

(2) Heigel, *Correspondencia de Carlos VII con el conde Seinsheim, 1738-1743*. Disertaciones de la Academia de Baviera. III, tomo XIV, cuaderno I. 31.

400 hombres se encontraban en Wischehrad hubieron de entregarse.

Ciento veinte años antes, las tropas bávaras, conducidas por Tilly y el duque Max, habían penetrado también en la ciudad, después de la batalla de la montaña Blanca, pero entonces entraron en favor de Austria. Carlos Alberto se hizo proclamar en 7 de diciembre rey y señor hereditario: la nobleza y el pueblo bajo se sometieron á él, pero la burguesía se mantuvo fiel al Austria. Al acto de prestar homenaje, que se celebró el día 29 de diciembre, concurrieron los altos funcionarios, los representantes de la Universidad, el arzobispo, y los principales señores bohemios, como el príncipe Kinsky, y los condes Wrbsna, Gallas, Kokorowa, Sternberg, Kolowrat, Wrtby, Bucquoy, Morzin, Lazansky y otros. Solo algunos empleados abandonaron la ciudad. Organizóse un gobierno del nuevo rey, y al frente de la cancillería del Estado se puso el conde Kaiserstein. Belleisle, ministro entonces plenipotenciario en las tropas alemanas, se dirigió también á Praga y se hizo cargo del mando en nombre del rey Carlos Alberto.

Este se encontraba entonces, es decir en diciembre de 1741, en el colmo de su fortuna: su elección como emperador parecía asegurada, pues habían comenzado ya en Francfort las conferencias electorales en 20 de noviembre, y en 24 de enero de 1742 fué elegido emperador alemán, bajo el nombre de Carlos VII. Los intereses que desde hacia años venia sosteniendo la casa de Wittelsbach parecían satisfechos, pues ya en 1714 Francia había prometido al elector Maximiliano Manuel la corona imperial y la posesión de Bohemia, y los tratados hereditarios que en 1724 y 1741 habían firmado las dos ramas de aquella familia tenían el mismo objeto. María Teresa había procurado con energía y tenacidad conservar la dignidad imperial en la casa de Austria, y en la primavera de 1741 todos los electores, á excepcion del de Colonia, habían dado su consentimiento y adhesión á este plan; pero después cambiaron de opinion por causa de la sucesión del elector de Austria y Bohemia, y del cambio brusco de Federico II. Carlos Alberto obtuvo pues los votos de ocho electores y en 12 de febrero de 1742 fué coronado en Francfort, estando decidido á luchar contra el Austria y á dominarla en cuanto su poder se lo permitiera. «Cuando yo sea emperador, escribía en 14 de enero de 1742 á Seinsheim, la gran duquesa se verá obligada á entrar en un arreglo, á no ser que quiera verse expulsada de todos los territorios austriacos que injustamente posee.» Pero al mismo tiempo que Carlos VII era proclamado y coronado emperador, los austriacos reconquistaban á Linz y Passau y los voluntarios invadian y saqueaban las comarcas bávaras. La corona imperial fué para Carlos VII una carga pesada; por esto buscó apoyo en los electores eclesiásticos, en el colegio de príncipes y en Prusia, pero los primeros volvieron á su antigua federación particular y Federico mantuvo su propia política y la dirección de la guerra.

Durante el invierno de 1741 y 1742 se realizó en Austria un cambio notable: María Teresa recobró el valor y las esperanzas, á pesar de que los ministros solo tímidamente la apoyaban. «Yo sola, escribía después, fuí, y no lo digo por modestia, quien conservé el valor en situación tan crítica.» La joven princesa adquirió muy pronto gran popularidad en Viena y en la provincia, y siempre que se presentaba en público era aclamada por el pueblo. «Todos están dispuestos, decía un embajador, á sacrificarse por la mejor de las princesas.» La reina en 13 de marzo de 1741 dió á luz un niño que después fué la alegría y el orgullo del Austria. Durante el verano, María Teresa había sido coronada en la Dieta húngara como reina de Hungría, recibiendo al propio tiempo la promesa del apoyo de esta nacion.

Cuéntase que María Teresa, vestida de luto, con la espada al cinto y la corona en la cabeza, se presentó en la Asamblea del reino, mostrando á los Estados al príncipe heredero José y exigiendo de ellos la defensa del reino: los Estados húngaros, poseídos de noble ardimiento, pronunciaron, desenvainando las espadas, el célebre «*moriatur pro rege nostro*», hecho que se relaciona con la derrota de los ejércitos enemigos por los insurrectos húngaros y con la salvación de la monarquía. Pero los acontecimientos no pasaron de esta manera. Por el contrario, la Dieta de 1741 ofreció el espectáculo de la vuelta á la antigua vida constitucional, y la oposición trabajó activamente para obtener una extensión de los derechos de los Estados. El elemento dinástico tenía, sin embargo, tan hondas raíces en Hungría que la mayoría de los magnates se manifestaron desde un principio dispuestos á hacer toda clase de sacrificios y á auxiliar á la reina con hombres y dinero. El gobierno evitó prudentemente las exigencias de la oposición y atendió á las pretensiones mas apremiantes.

La Dieta se abrió en 18 de mayo de 1741, y mientras duraron sus sesiones, presentóse María Teresa en Presburgo tres veces, en 20 de junio, en 7 de setiembre y en octubre. Su entrada triunfal, en la primera de estas tres fechas, fué un acto grandioso y solemne. A propuesta de la Dieta, nombró al palatino y á los demás barones del Imperio; firmó en 24 de junio el tratado de coronación y fué al día siguiente, 25, coronada con toda la pompa de costumbre. No se le puso la corona sobre los hombros, como esposa del rey, sino en la cabeza, como representante inmediata del poder. Desde una tribuna, juró las libertades del reino, y cuando radiante de hermosura y majestad, subió á la colina de coronación y dirigió la espada á los cuatro puntos cardinales, en señal de su propósito de defender el país, hubo una explosion de entusiasmo general. La Dieta empleó las semanas siguientes celebrando consejos en los cuales María Teresa despertó toda clase de impresiones animando á los tímidos. La situación del Imperio era tan peligrosa, que aun los mas valientes se mostraban desanimados y creían inevitable la completa ruina del Austria. El rey de Prusia se encontraba en Silesia y los bávaros y franceses habían penetrado en territorio austriaco. Carlos Alberto había intimado también á los húngaros la orden de reconocerle como rey, y el gobierno, que necesitaba á toda prisa hombres, dinero y recursos de toda especie, no sabía cómo recibiría la Dieta aquella intimación. En tal peligro la reina encontró el mejor camino, decidiéndose, á pesar de los consejos que en contra le daban, á suscitar un levantamiento armado general en toda la Hungría. En 7 de setiembre de 1741 llamó á su castillo á todos los notables y les expuso el peligro general. «De Hungría, les dijo, depende la defensa de la corona, del reino y quizás de todas las comarcas del Austria.» Con toda la elocuencia del corazón pidió á los húngaros que tomaran las armas, y todos, poseídos de entusiasmo, declararon que consagrarían sus personas y las de sus hijos, además de sus haciendas, al servicio de la reina. Acordóse organizar un ejército de 40,000 hombres y el mismo día se enviaron á los comitados ó distritos húngaros las órdenes oportunas para ello. Cuatro días después (11 de setiembre), convocó la reina en el castillo á los individuos de ambas Mesas: presentóse ante ellos vestida de luto, con la corona en la cabeza y el semblante grave y tranquilo como corresponde á un monarca.

El supremo canciller húngaro fué, según costumbre, el primero que tomó la palabra; describió la invasion de los príncipes extranjeros, el peligro que amenazaba á la capital y á la seguridad de las fronteras de Hungría, y declaró que María Teresa, su persona y su dinastía querían poner la